

Vacía obsesión

Donde habitan las palabras

EDUARDO OTÁLORA

Universidad del Cauca, Popayán, 2017,
95 pp.

ESTE LIBRO de Eduardo Otálora es una novela que invita a la inmersión en un mundo hecho de palabras y de letras. La manera como se lleva y las construcciones de sus personajes, de sus tramas y, por supuesto, de sus capítulos son el resultado de querer abarcar completamente las posibilidades que genera y otorga un tema tan visitado como leído: la relación entre la escritura y el escritor, la relación entre la voz y las palabras. Bajo esta misma estela, hay novelas que consiguen abrir un nuevo espacio y proponer nuevos canales de comunicación, mientras que hay otras que profundizan en lugares comunes y en creencias propias del mundo literario. La novela de Otálora, si bien se percibe como un experimento que quiere trascender el tema mismo de la escritura, está siempre en la cuerda floja que limita el segundo grupo que acabamos de definir. Escribir una novela cuyo tema es la escritura es un proyecto tan exigente como difícil.

Eduardo Otálora es un viejo conocido en el mundo de las letras colombianas y su nombre resonó en 2012, al ser el ganador del XX Premio de Novela Breve Juan March Cenillo con *Madolia*. Actualmente es docente en la maestría de Escrituras Creativas de la Universidad Central y conduce el programa radial Entre Líneas de la Universidad Nacional. Recientemente, Otálora fue el ganador del Premio Nacional de Novela Ciudad de Bogotá 2019. De allí que no sorprenda que el mundo de las letras en el cual se mueve el autor sea precisamente el mismo que escogió para el desarrollo de la trama de su segunda novela.

El tema va así: Santiago Aranda ha sido desde siempre un niño silente y alejado de los demás porque la voz y la oralidad parecen no estar a su alcance físico. Esto ocasiona que sea un niño a veces problemático, o más bien que sus padres no comprendan cómo se deben resolver los problemas que su vida diaria puede acarrear. Cuando Santiago aprende a escribir

y comienza a desarrollar su “obsesión por las palabras”, no volverá a intentar hablar porque se da cuenta de que la letra escrita le brinda más herramientas para la supervivencia, en la medida en que, según las palabras del autor en una entrevista publicada en *El Espectador*, “la palabra entra a trascender en el espacio-tiempo si está escrita”. Pero a medida en que vamos avanzando en la novela, nos enteramos de que la historia que estamos leyendo no es únicamente la de Santiago, sino también la que está escribiendo Pereira, un periodista que se acaba de enterar de la muerte de Santiago. Un juego literario que no resulta del todo exitoso y que de manera problemática genera más conflictos argumentales en el momento de leerla.

Lo que ocurre es que parece ser que la novela se mueve en temáticas literarias conocidas y visitadas, comunes por así decirlo, y no consigue ir más allá de sus personajes para deconstruir, cuestionar o, sencillamente, llevar a cabo una aventura narrativa que a partir del tema escogido (la escritura y el silencio) se construya y cuestione efectivamente. En primer lugar, las largas parrafadas del Santiago obsesionado con la escritura resultan a veces muy nebulosas, como si fueran producto de una ensoñación febril del personaje, que por momentos parece concretar una historia más compleja que sencillamente generar el espacio de escritura de su personaje.

La escogencia de dicha obsesión (“Me llamo Santiago Aranda y soy escritor por adicción”) deja muchos caminos por recorrer en la medida en que parece concretarse a partir de espacios vacíos. No hay un proceso de construcción o de reflexión. El tema literario del escritor obsesionado con las palabras puede funcionar, siempre y cuando esa obsesión sea a su vez un tema literario que se desarrolla: no ocurre tal cosa en la novela, porque parece que el personaje principal está obsesionado con la fachada de las palabras, y no consigue profundizar en algunos contenidos fundamentales para el desarrollo de este tema: la naturaleza del lenguaje y su manera de formar nuestra vida, la forma como las palabras designan el mundo que vivimos que en su expresión ya contamos con una magia cotidiana. Dicho de

otra forma: el tema que escoge para su novela nos acerca a un personaje que al finalizar nos parecerá maniqueo, pero nos aleja de lo que más nos interesa: el poder que tiene la palabra para generar “adicciones” u “obsesiones”. No se nos cuenta cómo ocurre esto, sino que simplemente se nos invita a convencernos de que es posible. Es como si el narrador pretendiera que la obsesión nos va a seducir por el mero hecho de ser una obsesión: cuando en realidad lo que nos obsesiona es la implicación de dicha obsesión. Y por esto, quedamos a medio camino.

La materia prima de la literatura, es decir, las palabras y el lenguaje, siempre serán un tema seductor que nos ayude a comprender mejor la naturaleza misma de cualquier obra literaria. Pero incluso cuando los temas pueden terminar siendo interesantes, conllevan una responsabilidad en el momento de ser contemplados. Esta responsabilidad es la manera como lograremos subvertirlos de tal manera que se salgan del molde y logren mostrarnos algo nuevo, o por lo menos visitar algún espacio que ya hayamos visitado en alguna novela y que nos reencontremos. De allí que escoger un principio performativo (es decir, construir a medida en que la novela se lee), en este caso, no termina siendo un camino efectivo.

El resultado de la novela de Otálora es la creación de personajes que no cumplen con la tasa de verosimilitud necesaria para conseguir entrar en la imaginación y recuerdo de los lectores. Nuestra cultura letrada cuenta con algunos lugares comunes que, si son visitados, requieren de mejores armas y herramientas. El tema que propone *Donde habitan las palabras* siempre será llamativo e interesante, pero no en la manera como se desarrolla en esta novela. Esperemos que en la recién galardonada *La hora gris*, el camino del autor sea diferente.

Camilo Hoyos Gómez